

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: FEDERICO URRECHA

AÑO II
13 de Abril de 1889
NÚMERO 28.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

GUSTAVO EIFFEL

Ni el dato de que Eiffel nació en Dijon, ni el de que á él se debe buena porción de obras admirables de ingeniería, importan al público tanto como conocer *de visu* al constructor de la torre que lleva su nombre.

La torre Eiffel, la concepción atrevidísima que será la *great attraction*, como dicen los ingleses, ó *le clou*, que llaman los franceses, del próximo certamen de París, ha dado á Eiffel, en menos de un año, nombre y fama que no logró en cuarenta de trabajo.

Vayan hoy, pues, Eiffel y su torre, y vayamos mañana para subir hasta su tricentésimo metro.

Y marearnos luego, según dicen que sucede los que han subido ya.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 »

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
» ATRASADO, 25 »

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO



NOCHECÍA.

Dirígame yo desde Chamberí á la imprenta de Rubiños, y caminaba rápidamente para alcanzar el tranvía del Norte, en su salida de la Puerta de Bilbao.

Y como sucede siempre que uno tiene frío ó está cansado, al llegar al punto de parada, el tranvía había salido ya.

Este contratiempo me arrancó una interjección algo viva, y un gesto de malhumor y de protesta, que hizo

sonreír á una jovencita, parada á algunos pasos de mí.

No era yo el único chasqueado.

¡Bonito servicio el de esta Empresa! murmuré, dirigiendo mis miradas en la misma dirección que la jovencita.

— ¡Ya, ya! replicó ésta. Casi es mejor ir á pie.

— Indudablemente; y si va usted hacia la Puerta del Sol, podíamos hacer juntos el viaje.

— ¡Oh, el viaje!

Y acompañó esta exclamación con otra sonrisa encantadora.

Sin hablar más palabra, me coloqué á su lado, y como si nos hubiéramos puesto entrambos de acuerdo, comenzamos á bajar juntos la interminable calle de Fuencarral.

Entonces me fijé en la joven.

Era encantadora: morenita, con ojos negros, pequeña de estatura y vestida con elegante sencillez; tenía el aspecto modesto y digno de una doncella de labor, de buena casa, ó de una obrera juiciosa y reservadita, poco amiga de líos ni aventuras.

Guardaba prudente silencio, y parecía, con sus ojos bajos y su andar algo precipitado, que la molestaba mi enfadosa compañía.

— ¡Si nos viera su novio de usted me atreví á decirla, sonriendo, y dando á mis palabras toda la dulzura posible.

La desconocida volvió su rostro ingenuo, y fijando sus ojos en los míos, replicó entre confusa y avergonzada:

— ¡Yo no tengo esas cosas, caballero!

Había tal candor, tal aire de sencillez en aquella réplica, que el avergonzado fui yo en aquel momento.

Comprendí que me hallaba en presencia de un ángel, de una niña tan pura como hermosa, y quise reparar mi falta retirándome para no comprometer á la virtuosa muchacha; y aunque no era aquél mi itinerario, marcharme por la calle de Santa Bárbara.

— Señorita... dije; y acompañé la frase con un respetuoso saludo, quitándome el sombrero, con arreglo al ritual más perfecto de la cortesía moderna.

Y ya iba á desaparecer por la antedicha calle, cuando su voz, dulce como un suspiro, me detuvo preguntándome con la más infantil ingenuidad:

— ¿Pues no iba usted á la Puerta del Sol?

— Sí, efectivamente; pero...

— He dicho á usted que no me molestaba, antes al contrario; y sentiría que por mí retrasase sus asuntos dando un rodeo inútil.

— En ese caso...

Y volví á colocarme á su lado y continuamos juntos otra vez el camino.

— ¡Si viera usted que tranquila voy al lado de usted! Otras no-



ches he pasado un miedo horrible al bajar por aquí á estas horas para ir á mi obligación.

¡Iba á su obligación! No me había engañado en mis conjeturas. Era una muchacha virtuosa, y no creí oportuno preguntarle qué obligación era la suya, ni á dónde se dirigía á aquellas horas.

— He comprendido, la repliqué, lo que usted me quiso indicar al preguntarme si iba á la Puerta del Sol, y tengo un verdadero placer en prestar á usted este insignificante servicio.

Otra sonrisa, otra inclinación de cabeza para darme las gracias, y continuamos en silencio nuestro camino uno al lado del otro.

Llegábamos á la calle de las Infantas.

De improviso sentí que su brazo se enlazaba al mío.

Iba á expresar mi sorpresa por aquel acto de franqueza inexplicable para con un desconocido; pero la miré, y comprendí en la tranquila serenidad de su rostro que lo había hecho sin reflexionar, simplemente, asustada quizás de un coche de punto que atravesaba en aquel momento la calle para entrar en la de San Onofre, y á poco más nos atropella.

Y había un abandono tal, una naturalidad tan perfecta en el modo de apoyar su brazo en el mío, sin la más ligera presión, sin un roce que no fuese legítimo, digamoslo así, que toda idea de una intención preconcebida, ni de un pensamiento pecaminoso podía ocurrírseme, sin una exagerada malicia por mi parte.

Así, cogidos del brazo, como dos felices recién casados que devoran su luna de miel á la faz de los agentes de Orden público, seguimos en silencio nuestra marcha.

Llegamos, por fin, á la Puerta del Sol, y me detuve para soltar mi brazo y decirla adiós. Volvió á darme las gracias por haberla acompañado; parecía como que entrambos sentíamos aquella separación; dos veces nos dijimos adiós, y no nos habíamos movido del sitio en que estábamos parados.

Tan afectuosa é inocente era aquella despedida, que, á estar en otro paraje menos concurrido, creo que la hubiera sellado con un beso.

Un beso en la frente, se entiende; un beso casto y puro, como el de un padre ó el de un hermano cariñoso.

Iba ya á marcharme, cuando un pequeño grito de la joven me detuvo de nuevo.

— ¿Qué es eso? la pregunté algo alarmado.

— ¡Oh, nada, una tontería! mire usted; y me enseñó el lazo deshecho de su zapatito de tafilete, cuyas cintas de color café se manchaban en el polvo de la acera; y añadiendo: «Si fuera usted tan amable,» entraba rápidamente en uno de los portales más próximos.



Y allí la seguí, y puesto casi de rodillas, até el lazo del zapato lo mejor que supe, maravillado de contemplar aquel pie tan chico, tan perfecto, tan aristocrático, tan maravillosamente calzado.

Sin querer, rocé también con mis dedos el nacimiento de aquella pierna, fina y admirablemente modelada, prisionera en una media de color, una

media de hilo de Escocia, ceñida de un modo irreprochable. En aquel momento alcé los ojos para mirarla, y creí ver su

hermosísima cara teñida con las rojas tintas del rubor... y yo sentí que me ruborizaba también.

Aquel rubor era mitad agradable, mitad criminal; la sangre invadía mi rostro; pero mi virtud corría veloz á corregir los ímpetus de la naturaleza rebelde.

Me levanté y volví á saludar. Recuerdo que no la tendí mi mano; pero casi juraría que vi la suya en ademán de estrechar la mía.



Tuve un instante de vacilación; pero la virtud se impone, y yo, temiendo por la de aquella pobre muchacha, me retiré casi sin saludarla.

Parecía una fuga, más que una despedida, la que yo hice.

¡Pero á los pocos pasos, cuando ya había perdido de vista á la linda criatura, con qué tranquilidad respiré, y cuántas gracias dí al cielo por haberme conservado el juicio en el momento supremo de estarla atando el zapato en el portal!

.....

Aquella misma noche asistía, con un amigo íntimo, al estreno de una zarzuela bufa en uno de los teatros de segundo orden más concurridos de Madrid.

¡Y cuál no fué mi asombro al reconocer en la primera corista de la izquierda á la pudorosa joven que yo había acompañado pocas horas antes!

Vestida, desnuda mejor dicho, con unas apretadas mallas de seda rosa, con una trusita de raso azul que dejaba al descubierto la mórbida forma de sus muslos, con un corpiño ó cosa así del mismo color, cuyo descote enseñaba los tesoros de su espalda, y de su contraespalda, con la actitud descarada, el peinado provocativo, y subrayando las frases, nada cultas, de un tanguito alegre, con sus ribetes de pornográfico.....

La decepción era tan horrible, que dudé, y atribuí á un extraño parecido aquella inexplicable metamorfosis.

El amigo que me acompañaba notó mi preocupación, y me interrogó sobre la causa.

Le conté mi aventura con todos sus detalles.

—Debe ser ella, me contestó; pero pronto saldremos de dudas. Conozco al avisador del teatro, y al terminar el acto la enviaremos una tarjeta. Escribe lo que quieras.

«¿Quiere usted que le ate el otro zapato?» preguntaba yo poco después, por medio del complaciente avisador, que había entrado mi tarjeta al escenario.

Y cinco minutos más tarde me devolvían la tarjeta, y escrito por debajo de mi pregunta la contestación siguiente:

«No vuelva usted á perder el tranvía; es usted un memo.»

El memo, subrayado.

Y tenía muchísima razón.

¿A qué negarlo?



E. NAVARRO GONZALVO.

EL HOMBRE DE PIEDRA

Ya hemos anunciado la aparición del último poema, *El hombre de piedra*, de Cano y Cuelo.

Á continuación copiamos un canto, tomado al azar, del fan-

tástico trabajo del inspirado poeta sevillano, sintiendo no poder reproducir algo más de lo mucho hermoso en que el poema abunda.

.....

Muriendo está Moctezuma,
muriendo está el gran Monarca,
sin poder salvar el cuerpo,
sin querer salvar el alma.
Maldice de sus vasallos,
y entre las febriles ansias,
junto á la muerte, imagina
planes de horribles venganzas.
En vano Cortés le alienta;
vanamente le señala
la Cruz, cual divina aurora
de redención y bonanza;
la Cruz, que quita á las tumbas
todo el horror de la nada;
la Cruz, que venció á la muerte
y dió vida á la esperanza.
El Rey, que á todo maldice,
sólo á sus dioses no agravia,
Y en las horas en que el sueño
calenturiento le abrasa,
de sus deidades tremendas
ve las gigantes estatuas,
con sus impasibles ojos
y sus fauces desgarradas,
y sus vientres abultados,
y sus colosales plantas...
Todas las ve junto al lecho,
y le cercan y le aplastan,
y entonces con roncós gritos:
«¡Ay mi Tlezuntelhl! exclama.
¡Tú sola no te apareces,
porque estás dentro del alma!»
Aguilera, que le asiste,
no olvidando la embajada,
pero queriendo cumplirla

sin premuras ni tardanzas,
de Tlezuntelhl oye el nombre,
lleno de celosa rabia.
Y el Monarca, en quien despierta
tal nombre memorias gratas,
los ojos fija en don Lope,
sus manos convulso agarra,
y... «te prometí tesoros,
pues tú fuiste en mi compañía
á ver lo solo que pierdo
al perder la vida amarga.
¡Creí vivir! ¡Soñé reinar!
dice, mas si se me acaban
con la vida mis grandezas,
vivas quedan mis palabras.
¡Toma esta cadena!...»

Un síncope
cortóle la acción y el habla.
Pero «el Rojo,» como hombre
que juzga virtud cristiana
cumplir con piadoso celo
lo que un moribundo encarga,
da por suya la cadena
que oculto amuleto guarda;
y ya la tocan sus manos,
cuando ve entrar en la estancia
á Olid, Ordaz, Acebedo,
y Alvarado, y en bizzarra
confusión, siervos y pajes,
ministros de la fe santa,
y sacerdotes del diablo
que en aquella angustia espantan,
y soldados españoles,
y parientes del Monarca,
y, más que ellos afligido,
Cortés, que oculta sus lágrimas

al ver cómo en aquel lecho
muere su ambición soñada.
Rompen en sentidos ayes
los indios, y el cuerpo bañan
de su Rey en llanto acerbo,
entre quejas y plegarias.
Volvió, al fin, de su letargo;
paseó triste mirada
por el concurso; vió á Lope,
le mandó que se acercara,
quiso hablarle, y muy confusas
y leves frases exhala...
«¡Toma!» exclamó, y la cadena
con crispaturas le alarga,
y empieza á decir un nombre...
y en la eternidad lo acaba.
«¡De rodillas, compañeros!
Cortés, entre llanto exclama:
¡Hemos perdido un amigo
generoso; el cielo, un alma!
¡Dame los brazos, buen Lope,
y cumple ya tu embajada!
Dí á los rebeldes aztecas
que pide crudas venganzas
este cadáver, ¡Ay de ellos
si su atroz crimen no lavan
con rendidas obediencias
á su memoria y mis armas!
¡Adiós, amigo!»

Y al «Rojo»
estrechan sus camaradas;
y parte llevando á Méjico,
su vida, que está empeñada,
una cadena de oro
y unas respuestas amargas.

SEVILLA

ixco años hace que, estimulado y decidido por amistosos consejos, que á mí me parecieron excelentes, más que por su propia bondad, porque correspondían á mis deseos y porque alentaban mis ilusiones y mis esperanzas, salí una mañana de Sevilla resuelto á trasladar mis *centimos*—entonces no podía yo trasladar mis *reales*—á esta agitada villa de Cánovas y del madroño.

Durante estos cinco años, y en medio de mis satisfacciones y mis disgustos—que de todo ha habido—ni un solo día he dejado de pensar en aquella alegre y bendecida tierra don-

de he vivido uno tras otro los treinta primeros años de mi vida; pero ¡la nostalgia que de vez en cuando se

apodera de mi espíritu toma en esta época caracteres alarmantes.

Cuando se acercan los días de la Semana Santa y de la Feria, ya me tienen ustedes presa de un creciente desasosiego, que ni un instante me deja en paz, y se me va la cabeza formando planes de viajes que al fin quedan en proyecto, y se me marchan los pies hacia la estación del Mediodía y se me escapa el pensamiento trasladándose, sin necesidad de *Sud-Expreso*, á aquella ciudad queridísima; de modo que, sin darme cuenta de ello, me quedo como una de esas *revistitas* de pantorrillas, tangos y telones que ahora se estilan y que yo, pecador de mí, también *he cometido*; esto es, falto de pensamiento y sin pies ni cabeza.

Escribir algo razonado en esta situación, es punto menos que imposible. Y, sin embargo yo había contraído el compromiso de escribir en estos días un artículo para LOS MADRILES; y lo había contraído tan fuertemente, que ¡es claro! por más que he hecho después, no lo he podido dilatar.

Pensando en la manera de cumplirlo cruzaba ayer por la calle de Sevilla, que es naturalmente la calle que más me gusta transitar, á pesar de los riesgos que en ella se corren, cuando de pronto mi corazón dió un vuelco, mis pies se quedaron como clavados en tierra y mis ojos fijos en un gran cartel que estaba colgado á la puerta de un establecimiento.

En su parte superior se leía con grandes y llamativos caracteres: SEMANA SANTA y FERIA EN SEVILLA; y á renglón seguido, en combinación caprichosa, veíase á un

lado detallada y larguísima relación de funciones, fiestas y festejos, y al otro una pintoresca colección de dibujos representando tipos, escenas y *vistas* de Sevilla.

Largo rato estuve absorto y embebecido leyendo y contemplando aquel cartel, que tan gratas memorias me traía, cuando comencé á sentir los efectos de un extraño fenómeno, que es en mí, sin embargo, idiosincrático y frecuente. Aquellos momentos, aquellas vistas, fielmente reproducidos por el dibujante, crecían y crecían á mis ojos, tomando sus formas, colores y tamaños naturales; aquellas figuras y aquellos tipos cobraban vida, animación y movimiento convirtiéndose en seres reales que me miraban, me saludaban y me sonreían como antiguos amigos que volvían á verme después de larga ausencia. Es más; hasta el escudo de la ciudad, al que no obstante faltaban detalles importantes que mi imaginación suplía, llegó á sufrir á mi vista la más singular y peregrina transformación. El óvalo en que está encerrado, era el óvalo de una preciosa cara andaluza cuyas

sienes ceñía la corona que debe ser remate del escudo. Las figuras de San Isidoro y de San Leandro, lumbreras de la Iglesia, que están á los lados del tercer Fernando, convirtiéronse en dos ojos hechiceros que brillaban naturalmente como dos *lumbres*.

El Santo Rey, que, como dicho queda, está en el centro, transformóse en una nariz de corrección admirable, y por último, el espacio que está debajo donde debiera figurar la conocida empresa *no 800* tomó la forma, el color y la expresión risueña de una de aquellas divinas bocas sevillanas que parecen hechas para decir gracias y recibir besos, y sus labios, como dirigiéndose á mí, repitieron cien y cien veces descifrado aquel hermoso jeroglífico con que premio Alfonso *el Sabio* la lealtad sevillana: **NO ME HA DEJADO.**

Era Sevilla, que celebraba con las mismas palabras la vuelta del hijo pródigo.

Porque yo me creía trasportado á Sevilla. Y ya en Sevilla, recorrí sus calles, visité sus monumentos y busqué todos aquellos sitios donde viven los recuerdos de mis alegrías y de mis penas de treinta años. Al llegar al pie de la Giralda, la esbelta y altísima torre construida por el famoso moro Huever, el año 1000 de la Era cristiana, sentí inexplicable regocijo al verla tan firme y tan derecha al cabo de sus años; pero mi regocijo trocóse pronto en profundísima tristeza, viendo cómo se desmorona y arruina, no obstante contar quinientos años menos que la soberbia torre, la Catedral, aquel grandioso templo que era orgullo de los sevillanos y admiración de los forasteros.

Soberbia he llamado á la torre, y aún más soberbia me pareció mirándola después. Ella, tan vieja, ella árabe, ella, obra y hechura de los malditos infieles, parecía que demostraba cierto satánico orgullo viendo derrumbarse y hundirse á sus plantas, á pesar de su relativa juventud, uno de los templos más hermosos del mundo católico.

Aquel contraste era desconsolador; y yo, que no estaba por desconsolarme, alejéme apresuradamente de aquellos sitios en busca de más agradables emociones, yendo á parar á la plaza de San Francisco á tiempo que por ella cruzaban las *cofrades*.

Aquello era otra cosa.

El misterio de la Redención del mundo, la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, los dolores y angustias de la Sublime Madre, todos los sucesos que en los días de Semana Santa se conmemoran, no parecen á primera vista cosa así como de broma y de regocijo. Pero... ¿qué quieren ustedes?

Aquellos *nizarenos* con largas y rizadas colas ó amplias capas y con *capirotes* de varios y pintorescos colores; aquellas *centurias* de *armados* romanos, en yos trajes caprichosos, y aun extravagantes, no andan muy de acuerdo con la indumentaria de la época; aquellas magníficas imágenes del humildísimo Jesús, vestido con ropones de terciopelo bordados con oro, y de la modestísima María, cubierta de pedrería deslumbrante y cargada con inmensos mantos de preciosas telas, más admirables que propiamente, en los que lucen bordados de labor y riqueza extraordinarios; aquella animación, aquella algazara del público que saca del cofre las más vistosas galas, corre por las





calles y plazas con cara de fiesta, y se disputa el alquiler de balcones, de palcos y de sillas; todo ello da á lo que parece ser ceremonia religiosa tal colorido de espectáculo profano, que aun al ánimo más místi-

co sería imposible, en medio de tal bullicio, ostentación y alegría, lograr el recogimiento y la devoción necesarios, no ya para dedicarse á la oración, sino para recordar siquiera los tristísimos sucesos y los sublimes misterios que se pretende conmemorar.

Los pasos de las cofradías en que lucen las inmortales obras de Roldán, de Duque Cornejo, de Martínez Montañés, son *pasos tan buenos*, que su admiración no deja espacio al recuerdo de los malos pasos en que hemos andado y de que en tan solemnes días debiéramos pensar para despertar el arrepentimiento y procurar la salvación.

Pero ¡qué diablos! (y ustedes perdonen la exclamación tratándose de santos), eso es lo que atrae forasteros y eso es lo que gusta y... ¡adelante con los faroles!

Yo conozco demagogos impenitentes que son cofrades de dos ó tres hermandades y que se ponen su túnica y se plantan su capirote ó se visten con su traje de armado y se calan su casco adornado con enormes plumas, y allá van tan orondos y campanets, sin perjuicio de echárselas, cuando llega el caso (y aunque no llegue) de furibundos librepeneadores.

Sin embargo, hace ya algunos años que la afición va limitándose á los jóvenes que antes de ir á formar en la iglesia, pasan por las casas de las novias para que los admiren con sus vistosos trajes, y para que ellas después los enseñen á las amigas con presuntuosa satisfacción cuando pasan en las cofradías.

Porque para muchas chicas es un orgullo tener un novio *nazareno*, y especialmente si es de *vara*, esto es, de los que van delante de los *pasos* muy estirados y majestuosos, vestidos de frac ó de levita y con el pelo acabado de rizar, ó de los que corren de un lado para otro, dando órdenes y disponiendo la marcha de la cofradía.

Tener un novio mayordomo ó teniente de hermano mayor, es el colmo de la dicha; aunque para algunas no hay otra que igual á la de tener un novio armado.

A pesar de lo dicho, es justo confessar que entre las cofradías hay algunas, como la de San Antonio Abad, vulgo del Silencio, que se complacen en demostrar humildad, sencillez y recogimiento, formando singular contraste con otras, v. gr., la de la Macarena, que, como aquélla, sale de madrugada, y es para algunos pretexto de algazra, de *juerga*, de *broncas* y hasta de *borracheras*.

Las cofradías han pasado; los días de la Semana Santa han concluido; los alegres repiques de las campanas anuncian que estamos en Sábado de Gloria, anuncio confirmado por infinitos disparos de escopeta que hacen algunos inocentes, fieles conservadores de la tradicional costumbre de *matar los Judas*, que si en

realidad se pusiera en práctica, acabaría, afortunadamente, con la mayor parte de la gente política; salen á reducir las mantillas blancas y los pañuelos de Manila, y todo el mundo se dirige, respirando alborozo, hacia el extenso *prado*, donde, según los anuncios oficiales, «se celebra la renombrada feria de Sevilla.»

Aquella animación, sin embargo, aquella jira campestre que dura tres días, y en la que toma parte toda la población y los innumerables forasteros que la visitan, es indescriptible, ó para describirla, aun ligeramente, necesitaría muchísimo mayor espacio que del que dispongo.

Yo, en mi excursión imaginaria, disfrutando de la alegría, del frenesí general, corro de un lado para otro, y ya entro en una *casilla* donde dos encantadoras criaturas bailan unas *sevillanas* con toda la gracia de la tierra; ya en otra donde el regocijo sube de punto y el vertiginoso ir y venir de las cañas de manzanilla, que pasan sin cesar de mano en mano, producen el mismo efecto que una copiosa lluvia de estrellas; ya me detengo para escuchar las típicas *ocurrencias* de una gitana zahorí, astroza y desarrapada que, llevando á rastra dos *churumbeles*, se empeña en decir la *buenaventura* á todo el mundo; ya me dirijo á la *calle*, donde otras gitanas más limpias y elegantes, luciendo sus almidonadas faldas llenas de *faralés* y sus ricos pañuelos de Manila, invitan con saladisimas frases á los transeúntes para que entren en aquellas *buñolerías* adornadas con sus sábanas bordadas y sus colchas de *damasco*, [de que cuelgan aquí y allí mil lazos,

moños y cintajos de todos los colores, formando la más pintoresca y caprichosa decoración.

—¡Anda, saleroso! me dice una, agarrándome del brazo con toda confianza; entra á tomar una librita de *guñuelos*, y así *premita* Dios que si juegas alguna vez á la lotería, te toque *er gordo*, y no sea Antonio Carmona. Vamos, *gachó*, no seas *esaborio*. Entra aquí (por los ojos é tu cara) que vas á probar unos *guñuelos* como no los comería el mismísimo emperador de la República francesa.

Aquella voz, que tenía para mí un sonido y un

timbre inexplicables, me hizo detenerme un momento y mirar aquella cara en que lucían unos ojos negros, ardientes y apasionados, y aquel cuerpo que era un cuerpo... como yo para mi deseo.

Quedéme mirándola como embobado, y ella siguió hablándome. Insensiblemente su voz se iba haciendo más gruesa y menos agradable; sus ojos se iban achicando y perdiendo su expresión encantadora; su cuerpo iba perdiendo la forma y la *sandunga* que me hechizaron al verla; sobre su boca, que se había agrandado, vidibujarse un bigotazo rubio, lacio, y que caía sobre sus labios á modo de cascada; sus faldas se habían convertido en unos pantalones; su pañuelo de Manila en una capa; las flores que adornaban su artística y rizada cabellera, en un sombrero hongo que cubría una cabeza que no tenía nada de cabellera rizada, ni artística, ni casi peinada.

En lugar de las *buñolerías*, tenía ante mí unos cuantos establecimientos de la calle de Sevilla, y á la puerta de uno de ellos estaba colgado un gran cartel.

A mi lado, zarandeándome como para hacerme volver en mí, estaba López... López, el propietario editor de LOS MADRILEÑES, que me decía y repetía con acento de afectuosa reconvencción:

—Pero, hombre de Dios, ¿cuándo me vas á escribir ese artículo?

Y yo entonces, dándome cuenta de mi situación, comprendiendo lo que me había sucedido y lanzándole una terrible mirada de rencor, me alejé apresuradamente de su lado, contestándole con acento y actitud melodramáticos:

—¡Para escribir articulitos estoy yo!
FELIPE PÉREZ.



DESDE EL BOULEVARD

Imposible no hablar del General y de su fuga. Aquí, es lo cierto que no se habla de otra cosa. Sáquenle otros la punta política al suceso. A nosotros, sobre que no nos gusta la política (en el mal sentido de la palabra) nos está vedada.

Nosotros procuraremos sacarle punta por el lado cómico, que lo tiene.

Todo hombre que huye, hace reír.

Y en nuestra querida España, tierra del valor por excelencia, la fuga de un hombre que se escapa por *prudencia*, para emplear términos suaves, estoy seguro que habrá hecho reír mucho.

Y luego, que la nuestra es también la tierra de los *pronunciamientos* y allí habrá tenido que chocar este General que se escapa antes de pronunciarse. Los nuestros acostumbran a escaparse después... cuando se escapan.

Porque otras veces se pronuncian y no se van. Unas veces porque el pronunciamento cuaja, y otras porque al pronunciado lo dejan tieso en una barricada, ó me lo cogen de uniforme y todo, y me lo destierran, ó me lo meten en la cárcel. De la cárcel sí suelen escaparse.

Pero el hombre de la revancha, como novicio en estas cosas, no ha sabido rematar la suerte y ha tomado el olivo.

Naturalmente, el tendido le ha dado una silba fenomenal; y aunque los amigos del diestro aplaudan, no hay que darle vueltas, pelagra la contrata para las corridas del verano.

La verdad es que no valía la pena de pasarse un año diciendo que bastaba una escoba para barrer las Cámaras, si luego el que tales amenazas lanza á los cuatro vientos se escapa envuelto en un *carrique*, no dejando asomar más que las puntas de sus desarrolladas orejas en cuanto esas Cámaras le amenazan con llevarle á la barra del Senado.

La tragedia boulangierista parece acabar como las operetas bufas.

La verdad es que para los espectadores españoles, que tantas veces hemos oído decir aquí que España es un país de opereta, es ésta una revancha más cierta que la que ofrecía al suyo el *brav' général* desde la silla de su caballo negro, que no va á tener ya aplicación, como no sea para las corridas *sin efusión de sangre* que unos ganaderos andaluces darán en la Exposición.

Vamos, que á esta fuga le pasa lo que á las fugas de gas.

No huele bien.

Entretanto la Exposición adelanta y casi se puede asegurar que ¡caso inaudito! se abrirá en la fecha fijada de antemano, y se abrirá concluida.

Ya la torre Eiffel ostenta, á la altura de 300 metros, una *banderita* de 38 metros cuadrados, señal de que se ha dado el último martillazo y se ha puesto el último clavo en aquel coloso de hierro.

Eiffel se dió el gusto de ser él mismo quien izara esta bandera, y la verdad es que le correspondía este honor.

El popular ingeniero es el hombre que ha rayado más alto hasta ahora.

La torre de 300 metros se ha concluido sin que se caiga ningún operario.

Pero de seguro que hay ya algún inglés pensando en hacer el viaje con el exclusivo objeto de tirarse de cabeza desde el último piso.

¡Si ese inglés fuese alguno de los míos!

Pero ¡cá! á éstos tal vez se les ocurrirá tirarme á mí. Por si acaso, no les acompañaré en la ascensión.

Jugar á la lotería es un vicio muy español, del cual, aunque me esté mal el decirlo, que no me lo estará, soy víctima con frecuencia.

Pero la lotería no me cae, y pierdo el dinero, cosa que creo les sucede á todos mis lectores.

Porque eso del premio gordo debe ser un rumor que han hecho correr los loteros.

Ahora hemos inventado aquí una lotería para la Exposición, que es una bendición de Dios.

El billete cuesta cinco duros. Hay premios gordos de veinte mil todos los meses y uno de dos millones de reales al terminar la Exposición.

Y lo más gracioso es que le devuelven á uno el dinero dos veces.

Una en entradas á la Exposición por valor de los cinco duros.

Otra en el transcurso de setenta y cinco años.

Así es que no habrá español que no se compre su bono al llegar á París.

Si no le cae el gordo, no pierde nada, porque entrará de balde veinticinco veces en el Campo de Marte, lo cual es un consuelo para los que tendremos que servir de *cicerones* á los que vengan.

Porque si no, habría que convidarlos. ¡Y serán muchos!

Luego, ya no tienen más que esperar setenta y cinco años y les devolverán los cuartos.

Para lo cual les aconsejo que se sienten.

Y procreen vivir lo que el ilustre Chevreul, que acaba de morir á los ciento tres años de edad.

Este sabio, que hasta hace pocas semanas concurría aún á las sesiones de la Academia y trabajaba en su laboratorio, ha muerto ignorando que su hijo le había precedido en el eterno viaje á la edad de setenta y tres años.

La noticia hubiera adelantado la muerte al venerable anciano, al cual no ha sido difícil ocultarla, porque Chevreul no concebía que se pudiese ya morir nadie de los suyos antes que él. Si le hubieran dicho que su hijo había muerto, no lo hubiese creído probablemente.

Descanse en paz el ilustre centenario, decano de los estudiantes y estudiante perpetuo.

Hace un mes murió un mendigo, célebre en París por su longevidad (más de cien años también) y por las *pítmis* que cogía á diario.

Chevreul ha muerto trabajando hasta el último momento.

El célebre mendigo murió de resultas de un traspies.

Cuando celebró Chevreul su centenario, este mendigo le dirigió una carta de felicitación, en que le decía:

«Usted no ha bebido en su vida más que agua; yo no he bebido más que vino, y espero enterrarle á usted.»

A poco más se sale con la suya.

BLASCO.

París, 10 Abril 89.

¿CUÁL ERA MÁS LISTO?

Un alcalde (no se cuál ni en dónde el caso ocurrió), cierto día recibió un queso descomunal; fué regalo de un curial que se mostró agradecido por yo no sé qué favor, y según me han referido, aquel queso era el mayor hasta el día conocido.

Ancho, hermoso, de gran peso, grasiento, fresco, esponjado, entre hoja verde encerrado, pero salado en exceso;

el alcalde cogió el queso y al aire, en una ventana, quiso dejarlo secar; pero una mano liviana á la siguiente mañana se hubo el queso de llevar.

Calló el alcalde, y se fué á espiar junto á la fuente, por una idea excelente, hija de su buena fe.

—Aquí al ladrón cogere; el queso está muy salado, y como el que lo ha robado habrá comido ya de él,

el que beba más, aquel es el ladrón y... ¡atrapado!

Firme en su resolución de aguardar, allí seguía: —Lo que me enfada es, decía, la impunidad del ladrón. Mas fué tal su decisión, que aguardó sin vacilar y fiado en su buen tino; y al fin... ¡pudo averiguar que el ladrón, para apagar la sed... ¡lo hacía con vino!

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN.

Círculo de relaciones.

Cada persona tiene su círculo de relaciones, sus amistades, sus simpatías ó antipatías.

En estas relaciones se observan casos raros.

Suele ocurrir que un infeliz esté «relacionado» con tunantes, un tunante con hombres de bien, un tonto con hombres de talento, un genio con tontos de capirote.

Y aun pudiera decirse que ésta es regla general.

Esa teoría de que cada persona busca sus afines, es una equivocación.

Hay excepciones, como en todas las reglas de la vida social.

Cada individuo busca su complemento ó su suplemento, según los casos.

Observen ustedes (si gustan y si no lo han observado ya) que los hombres chiquitines toman por esposas, ó por amigas de confianza, á mujeres grandes y vistosas.

Los hombres corpulentos buscan mujeres como muñecas del Bazar de la Unión.

Los gordos, les gustan flacas y transparentes.

Los flacos, metidas en carne.

Los feos encuentran buenas mozas.

Los buenos mozos (que dicen ellas que los hay, por más que yo, como ustedes, no me he fijado en ellos á Dios gracias), con visiones horribles.

Los morenos quieren rubias.

Los rubios optan por las morenas.

Y, lo que es más:

Los bravos (que también se dice que los hay) escogen mujeres tímidas.

Los tímidos, desean marimachos capaces de volver la fisonomía á cualquier prójimo á la primera bofetada.

Los truhanas, mujeres infelices.

Los infelices caen con mujeres frágiles.

Los pródigos, con esposas ruines.

Los ruines, con hembras pródigas.

Y si esto se ve á cada paso tratándose de lazos tan serios y formales como los del matrimonio legítimo, ó primitivo, ó terciario, ¿qué sucederá con las relaciones de amistad?

Por otra parte, la civilización, estrechando los vínculos sociales, facilita las relaciones, la comunicación en teatros, cafés y reuniones, proporciona amistades que no pudieran adquirir las gentes en tiempos de retraimiento, hijo natural de las ideas rancias y de la falta de cultura.

No hemos llegado aún á la meta: ¿qué es á lo que en otro tiempo denominaron los sabios «la meta?»; pero hemos adelantado mucho en el trato social.

—¿Quién es ésa? pregunta á lo mejor un marido escrupuloso á su querida consorte, ó un novio á su novia.

—¿Esa? Una amiga.

—¿Qué amiga es ésa?

—Una chica pitillera.

—¡Ah!

—¿Por qué lo preguntas?

—Por saberlo.

—¿Señoral refunfuña otro marido del género dramático: esa amistad me revienta.

—Como todas cuantas tengo.

—Esa amiga es...

—Es una muchacha *cocotte* que he conocido en casa de...

—¿Tú sabes lo que dices?

—Lo que me han dicho.

Entre hombres aún es más amplio el círculo de amistades, y muy particularmente si son hombres que hacen vida un tanto alegre.

—Hombre, ayer he visto á usted en mala compañía, indicaba un señor mayor á un joven amigo de la casa.

—No lo crea usted.

—¿Cómo que no? Aquel que acompañaba á usted, es un estafador de primera clase.

—Pero buen chico.

—Bueno, un estafador honrado.

—¿Quién es ése que te ha saludado? preguntaba uno á otro, en la calle de Sevilla.

—¿Ese? Un muchacho tomador, respondió tranquilamente el interrogado, que, con arreglo á la ley de los complementos, es un infeliz.

—¿Conoces también al que le acompaña?

—Sí; es un pobre que ha estado en presidio por asesinato; muy buena persona y muy corriente.

—¿Lo creo! Pero, hombre, ¿por qué tratas á cierta gente?

—Conmigo no se meten, y yo no tengo cara para desairar á un hombre.

Pero aún nos falta para llegar al colmo, aunque no estamos lejos.

Confíemos en que llegue día en que sea costumbre admitida presentar recíprocamente á dos personas, diciendo, por ejemplo:

—Fulanita, tímida del reino... Fulanita, que tiene ya terminada la carrera de bandido.

—¿Señorita!... saludará él.

—¿Caballero!... responderá ella.

Y es que, con arreglo á las épocas, cambia de aspecto... esa.

La que denominaba días pasados uno de vigilancia:

—La Benita pública.

EDUARDO DE PALACIO.

MENUDECENCIAS

El día 6 fué sábado de Gloria para varios apreciables autores dramáticos.

Noche pródiga en estrenos y en éxitos.

Ricardo Monasterio, en Lara, logró aplausos y plácemes con su sainete de costumbres militares *El cuarto de banderas*, y Eusebio Sierra, en la Comedia, con *A casa de novios*; Lucio y Limendoux, en Eslava, con *Boulangier*; Perrín, Palacios y Nieto, en la Alhambra, con su nueva revista *Los primaveras*, y Criado Cocat y Taboada, en Martín, con *Dos chicas en grande*, todos consiguieron los honores del palco escénico.

Nuestra más cordial enhorabuena á los autores, y un ruego á las Empresas.

¿No podrían éstas arreglar el orden del espectáculo de manera que los estrenos no tuviesen lugar todos en la misma noche y á la misma hora, como ocurrió el sábado?

Y no hablamos nada del *Pescador de perlas*, de Bizet, cantado esa misma noche en el Real por el incomparable Gayarre, por falta de espacio para ello.

Nuestro ex compañero de redacción Joaquín Dicenta ha ascendido por méritos propios.

Sucedo al ilustre general O'Donnell, puesto que se ha ido á dirigir *La Unión Liberal* (en San Sebastián).

Tomen ustedes nota de que sentimos la ausencia de Dicenta, y de que nos alegramos de su buena fortuna.

Y mandar.

La mar de libros:

Ya se ha puesto á la venta el poema de nuestro colaborador Luis de Ansorena, *Cosas de ayer*, del cual tienen noticia nuestros lectores por el fragmento que en el pasado número publicamos.

Véndese dicho poema, al precio de una peseta, en las principales librerías. Los lectores que lo deseen pueden adquirirlo pidiéndolo directamente á esta Administración, acompañando su importe.

El sino de las mujeres y *Elegía*, poesías, por D. J. Martínez Medina, ventajosamente conocido en literatura.

Hiedra, novela, por D. Ezequiel Melero y Betegón. Libro bien escrito y bien observado, aunque no limpio todavía del pecadillo de la incorrección. Dos pesetas.

La España Moderna. Marzo. Este número no es mejor que los anteriores, porque es imposible mejorar lo que tan superior era; pero sí tan bueno.

En él termina la novela de Galdós *Torquemada en la hoguera*.

Las tías, juguete de Pérez Zúñiga y Díaz Quijano, música de Julio Ruiz, que el público aplaudió en Apolo y que nosotros aplaudimos ahora.

Y quedan libros para otro viaje.





«Si no fuera por las almas
y los buenos corazones,
¿qué sería de los ciegos...?»
llevando estos pantalones?

Hasta 40 de Mayo... no se baje usted las pieles.

Servicios de la Compañía Trasatlántica de Barcelona.

Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales, el 10 y 20 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Colón.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Méjico con trasbordo en la Habana.

Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 30, vía Puerto Rico, Habana y Santiago de Cuba.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina y Japón.

Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro viernes á partir del 13 de Enero, y de Manila cada cuatro lunes á partir del 9 de Enero.

Línea de Buenos Aires.—Un viaje cada dos meses para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz cada ocho semanas á partir del 6 de Enero.

Línea de Fernando Póo.—Con escalas en la costa occidental de Marruecos.

Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

Servicios de Africa.—Costa Norte.—Servicio quincenal. Salidas de Cádiz los días 16 y 30 para Tánger, Algeciras, Ceuta y Málaga, y retorno de Málaga el 12 y 25 con las mismas escalas.

Costa Noroeste.—Servicio mensual de Cádiz á Larache, Rabat, Casablanca, Mazagán y Mogador.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: La Compañía Trasatlántica y los señores Ripoll y compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid: don Julián Moreno, Alcalá, 33 y 35.—Santander: Señores Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: Don E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Señores Bosch hermanos.—Valencia: Señores Dart y compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.

Dr. Monroy

Dentista.

Corredera de San Pablo, 21, principal, contiguo al teatro de Lara.